

## Homilías Domingo 30 (Ciclo B)

### + Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna.

Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar:

- Hijo de David, ten compasión de mí.

Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más:

- Hijo de David, ten compasión de mí.

Jesús se detuvo y dijo:

- Llamadlo.

Llamaron al ciego diciéndole:

- Ánimo, levántate, que te llama.

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo:

- ¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego le contestó:

- Maestro, que pueda ver.

Jesús le dijo:

- Anda, tu fe te ha curado.

Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

### Palabra del Señor

## Homilías

(A)

### El hombre que quería ver

Estaba junto al camino. Y pedía limosna.

Muchos habían pasado ya.

Ninguno interesante. Hasta que pasó Él.

Y a Él no se le puede dejar pasar.

No se pueden perder así de fácil las oportunidades.

Y por más que los otros se molesten, no dejaría de gritar.

Hay cosas que sólo a gritos podemos conseguir.

Hay cosas que sólo a gritos logran atravesar la barrera humana.  
Dejarle pasar es la peor ceguera.  
Dejarle pasar es resignarse a no ver más.  
Dejarle pasar es perder la oportunidad de la vida.  
Dejarle pasar es aceptar la propia ceguera para siempre.

“Estar junto al camino”

Y no ver el camino.  
Estar junto a la luz y no ver la luz.  
Estar junto a El y no verle.  
Estar junto a los que pasan y no verlos.  
Estar junto a los que pasan y no ser visto por ellos.  
Estar junto a la fuente y tener sed.  
Estar junto a Dios y no sentirlo.

“Y le mandaban callar”

Los gritos del que sufre, estorban mucho a los sanos.  
Los gritos del pobre, molestan mucho al que lo tiene todo.  
Los gritos del débil, fastidian al que se siente fuerte.  
Los gritos del indefenso, duelen en el oído de los que se sienten seguros.

A muchos, sólo les queda el grito.  
A muchos, sólo el grito los salvará.  
A muchos, sólo gritando podrán salir de su situación.  
Nadie tiene derecho a acallar el grito del pobre, el indigente.  
Nadie tiene derecho a acallar el grito del que sufre la injusticia.

“Llamadle”.

Dios no manda callar al que le grita. El le escucha.  
El sí escucha nuestros gritos.  
El sí escucha nuestro dolor.  
El sí escucha nuestro sufrimiento.  
El sí escucha el grito de nuestra ceguera.

“¿Qué quieres haga por ti?”

“Señor, que yo vea”.  
Señor, que te vea cada vez que pasas a mi lado.  
Señor, que vea la belleza de tu amistad.  
Señor, que vea la belleza de la gracia.  
Señor, que vea la fealdad del pecado.

Señor, que vea la grandeza de tu amor.  
Señor, que vea lo terrible de la vulgaridad.  
Señor, que vea la desgracia de no ser santo.  
Señor, que vea la desgracia de no ser lo que quieres que sea.

Señor, que vea:  
El dolor de mi hermano.  
El sufrimiento de mi hermano.  
La soledad de mi hermano.  
El hambre de mi hermano.  
Las necesidades de mi hermano.  
Las alegrías de mi hermano.  
La felicidad de mi hermano.

No, Señor, no te pido el milagro que me haga ver.  
Te pido una fe que me haga ver.  
Te pido una fe capaz de poder verte.  
Te pido una fe capaz de ver como tú ves.  
Te pido una fe capaz de hacer el milagro de ver.

**(B)**

### **¿Y QUÉ VEMOS LOS QUE VEMOS?**

Nosotros felizmente no somos ciegos, podremos llevar gafas, pero vemos todos lo suficiente. Lo que preocupa es “nosotros que vemos y qué es lo que vemos” ¿Qué uso hacemos de nuestros ojos?

¿Vemos al hermano que pasa a nuestro lado o, sencillamente, no lo vemos?

¿Vemos al hermano que sufre o pasamos de largo sin haber visto nada?

¿Vemos al hermano que está solo y nosotros nos largamos sin hacerle caso?

¿Vemos al hermano que está triste y no le regalamos una sonrisa?

¿Vemos como los barrenderos de la Municipalidad? Ellos pasan por nuestras calles buscando las basuras y apenas se fijan en la belleza de las flores de los jardines. ¿No nos sucede algo parecido a nosotros que solo vemos las basuritas de nuestros hermanos para luego tener de que murmurar, criticar y chismear? ¿Cuándo nuestros ojos verán lo bueno que

todavía queda en el corazón humano, que es mucho, tal vez más que lo nos imaginamos?

¿Vemos la sonrisa de ese niño que nos sonrío y que nosotros ni le decimos: "Adiós, simpático"?

¿Vemos lo bueno que hacen nuestros padres por nosotros que se rompen el alma todo el día buscando un cachuelito para que no nos falten el pan de cada día? ¿O solo vemos lo que nos fastidian cuando nos mandan algo o nos prohíben algo?

¿Vemos lo bueno que hay en la Iglesia, que felizmente hay en ella mucho de gracia y santidad, o sólo vemos sus defectos, sus deficiencias o sus pecados?

Hay quienes pasan por la vida y no ven nada bueno. Lo bello, lo hermoso pareciera que no es noticia para sus ojos. Confieso que en una ocasión me sentí mal. Una familia me invitó a su casa, al despedirme me dicen: ¿Qué le pareció nuestro pequeño jardín? Me encontré en un apuro y tuve que mentir: "Lindo" les dije, a decir verdad, ni me había dado cuenta de que tenían jardín.

## COMENZAR BIEN EL DÍA

Me ha gustado lo que escribe André Maurois: "Es bueno empezar la jornada diaria con una dosis de ternura que perfume las acciones de todo el día hasta la noche." Esto me ha hecho pensar cómo por la mañana nos lavamos, nos afeitamos, nos peinamos y luego nos perfumamos para comenzar el día con un rostro fresco, limpio y perfumado.

¿No pudiéramos comenzar también con una sonrisa a todos, con unos buenos días amables y sonrientes que marquen de alguna manera nuestras actitudes humanas durante el día?

A veces buscamos cosas raras para buscar una felicidad que nunca llega; sin embargo, hay cosas en la vida muy sencillas y muy simples que pueden hacernos felices a todos para todo el día.

Un amigo mío me solía decir que él comenzaba el día "sonriéndole a Dios" y así sentía que Dios le sonreía durante todo el día. ¿No tendrá esa misma

finalidad ese comenzar el día con lo que solemos llamar oraciones de la mañana?

Personalmente suelo decir que sonriamos por la mañana que ya tendremos tiempo de amargarnos durante el día. Pero prefiero la frase Maurois: “Comenzar el día con una dosis de ternura” para con la esposa, el esposo, los hijos, los padres y hermanos. Es bueno comenzar bien. Es lo mismo que cuando uno sale de viaje, si parte mal, si se equivoca de camino, luego tendrá que rectificar y es un fastidio. Mientras que si tomas el buen camino, el resto ya no es sino seguir adelante.

Comenzar con una sonrisa a todos y una sonrisa a ti mismo y, por qué no, una sonrisa a Dios. ¿No te parece un buen inicio de día? ¿No crees que la mejor oración de la mañana pudiera ser una sonrisa a Dios?

### (C)

Queridos amigos, el Evangelio de hoy nos presenta esta escena tan tierna, tan humana y, a la vez, de tanto significado cristiano para cada uno de nosotros.

Un mendigo ciego. Dos desgracias juntas, “la de mendigo”, es decir que vivía en la pobreza mendigando un pedazo de pan duro para comer cada día; además, para colmo “ciego”. Resulta curioso, está sentado junto al camino por donde pasaría cantidad de gente a la que él no podía ver ni reconocer. Sin embargo, se da cuenta de que el que ahora pasa es Jesús. No lo ve, pero quiere verlo. Se resigna a pedir limosna, pero no se resigna a vivir ciego y sin ver.

¿Se imaginan cuanta gente vive sentada en el camino esperando no solo una limosna sino que alguien le haga ver? ¡Cuantos que creemos tener buena vista no logramos ver a nadie y menos a Jesús que pasa a nuestro lado y lo dejamos pasar, tal vez porque nadie nos despierta esa curiosidad de conocerle algún día! No nos resignamos a vivir de limosna y somos capaces de resignarnos a vivir ciegos espiritualmente.

Entonces el ciego se pone a gritar. Nada de cortesías, grita, hasta molesta a los que acompañaban a Jesús y lo mandan callar, pero él grita más fuerte.

Varias imágenes llenas de sentido para iluminar también nuestras vidas. En primer lugar, no basta decir que no veo a Dios, hay que analizar hasta dónde tenemos esas ganas profundas del corazón que quiere ver y oramos, no en voz baja para que no se entere nadie, sino a gritos. ¿Alguna vez has rezado dejando que tu corazón grite?

No le pide que lo saque de su pobreza y mendicidad, le pide que le haga ver. Además, fineza de Jesús, mientras los demás le mandan callar, que siempre lo más fácil, mandar callar a quienes reclaman sus derechos, Jesús mismo lo manda llamar. Es tan delicado Jesús, que ni siquiera le dice yo te voy devolver la visión, le dice: “Tu fe ha curado.”

¿Qué le pedimos nosotros a Dios? ¿Qué nos dé cosas o nos haga verle a Él y ver a los demás? ¿Somos de los que mandamos callar a los que gritan sus necesidades o más bien nos acercamos a ellos? Como veis, muchas preguntas que esperan nuestras respuestas.

**(D)**

### **Los gritos de los que molestan**

Molestan los gritos del niño que llora durante la noche y no nos deja dormir.

Molestan los gritos del marido que no sabe decir las cosas con suavidad.

Molestan los gritos de la esposa que no quiere escucharnos.

Molestan los gritos de la calle que nos impiden hablar.

Molestan los gritos del enfermo que se retuerce de dolor.

Molestan los gritos del anciano que reclama más atención.

Molestan los gritos de los inocentes detrás de las rejas sin juicio alguno.

Molestan los gritos de los que sufren nuestras guerras.

Molestan los gritos de los que no tienen techo para dormir esta noche.

Molestan los gritos de los que tienen hambre y piden pan.

Molestan los gritos de los pobres que no se resignan a seguir en la miseria.

Los que acompañaban a Jesús “le regañaban para que se callara”. Pero “él gritaba más”.

Lo más fácil es acallar los gritos de los que nos molestan reclamando sus derechos, mientras nosotros tenemos quien defienda los nuestros, que escucharlos y brindarles nuestra defensa.

Lo más fácil es acallar los gritos de los pobres que ya se han hartado de sentirse marginados de la sociedad, mientras a nosotros no nos falta nada,

que quieren luchar por una justicia social en la que a nadie le falte lo necesario para vivir con dignidad humana.

Lo más fácil es acallar los gritos de los que tienen hambre, mientras a nosotros nos sobra pan en la mesa, que compartirlo con ellos.

Lo más fácil es acallar los gritos de los que nos dicen la verdad que nos duele y molesta, que ser honestos y escuchar a quien nos la dice.

Lo más fácil es acallar el grito de los pueblos que se mueren de hambre, que compartir lo nuestro con todos ellos.

Lo más fácil acallar el grito de los que sufren, que acercarnos a ellos y brindarles nuestro apoyo y nuestra ayuda y consuelo.

Jesús asume una actitud distinta. Más allá de los que le mandan callar y que no fastidie, Jesús sí logra escuchar los gritos del ciego. Y asume cuatro actitudes:

Primero “se detiene”.

Segundo “manda llamarlo”.

Tercero entabla un diálogo cordial con él “¿qué quieres que haga por ti?”

Para finalmente sanarlo: “Anda, tu fe te ha curado”.

Ante todo, no podemos pasar de largo como quien no escucha el grito de los demás. Es preciso detener nuestras prisas, porque la verdadera prisa es que “un ciego pueda ver”. El dolor y el sufrimiento que no se escucha, no nos duele, “corazón que no siente, corazón que no duele”.

Es preciso detenerse y no seguir adelante como quien no tiene oídos para escuchar el sufrimiento y la soledad y la pobreza de los que se quedan tirados a la vera del camino. Lo nuestro puede esperar. El hambre de hoy no puede esperar a mañana. La soledad de hoy no puede esperar para el día siguiente.

Es preciso “llamarlo” hacerle sentir que no nos es indiferente y que bien vale la pena llegar tarde que dejarle a él abandonado. Nada consuela tanto como cuando uno se siente llamado por su propio nombre y que alguien se interesa por él.

Es preciso entablar una relación fraterna y de amistad y no simplemente tirarle unas monedas en el sombrero. El diálogo muestra interés, muestra cordialidad, afecto, respeto y cariño. Dialogar su problema con el otro es una delicadeza del corazón y es un hacerle recuperar su propia dignidad.

“Anda, tu fe te ha curado”. Esto me suena a aquello que dice el Concilio hablando del apostolado de los laicos: “se considere con máxima delicadeza la libertad y la dignidad de la persona que recibe la ayuda... y se ordene el auxilio de forma que quienes los reciben se vayan liberando poco a poco de la dependencia y se vayan bastando a sí mismos” (AA n . 8 )

Hacer el bien sin humillar a la persona que se ayuda.  
Hacer el bien haciendo que la persona se sienta bien y sienta su dignidad.  
Es lo que hace Jesús. No le dice “yo te sano”, “yo te devuelvo la vista”. Me quedas obligado y deudor del beneficio recibido. Al contrario:  
“Anda, tu fe te ha curado”.  
“Eres tú mismo quien te ha sanado”.  
Eres tú mismo quien has hecho el milagro.  
La verdadera caridad y el verdadero milagro no consiste solo en que ahora vea, sino en hacerle sentir lo importante que es él mismo. “Has sido tú el autor de la recuperación de visión”.  
Hacer el bien, sí. Pero hacerlo de tal manera que la persona entera quede curada. En su enfermedad y como persona. Tú vales, tú eres importante. Tú lo has hecho.

#### Oración

Señor: Cuando los demás quieren apagar los gritos de nuestro corazón, tú sigues escuchándolos.  
Cuando los demás se sienten molestos de nuestras quejas, tú te sientes conmovido.  
Cuando los demás no impiden acercarnos a ti, Tú nos llamas.  
Enséñanos a ayudar a los demás sin estridencias, sin ruidos.  
Que nuestra ayuda suene en su corazón y no en los oídos de los demás.  
Que cuando ayudemos, el otro se siente más persona, más digno y no rebajado ni dependiente de nosotros.

### (E)

#### **De nuevo en camino.**

El relato de Marcos no nos describe solamente la curación de un ciego en las afueras de Jericó. Es además una catequesis elaborada con mano maestra, que nos invita al cambio y nos urge a la conversión.

La situación de Bartimeo está descrita con rasgos muy cuidados. Es un hombre ciego al que le falta luz y orientación. Un hombre sentado, incapaz de caminar tras Jesús. Un hombre al borde del camino, descaminado, fuera del camino que sigue el Maestro de Nazaret.

El relato nos descubrirá, sin embargo, que en este hombre hay todavía una fe capaz de salvarlo y de ponerlo de nuevo en el verdadero camino. «Recobra la vista, y lo seguía por el camino».

Hay casi siempre un momento en la vida en que se hace penoso seguir caminando. Es más fácil instalarse en la comodidad y el

conformismo. Asentarse en aquello que nos da seguridad, y cerrar los ojos a todo otro ideal que exija verdadero sacrificio y generosidad.

Pero, entonces, hay algo que muere en nosotros. Ya no vivimos desde nuestro propio impulso creador. Es la moda, la comodidad o el «sistema» el que vive en nosotros. Hemos renunciado a nuestro propio crecimiento.

Cuántos hombres y mujeres se instalan así en la mediocridad, renegando de las aspiraciones más nobles y generosas que surgían en su corazón, No caminan. Su existencia queda paralizada. Viven «junto a lo esencial», ciegos para conocer lo que podría dar una luz nueva a sus vidas.

¿Es posible reaccionar cuando uno se ha asentado tan hondamente en la rutina y la indiferencia? ¿Se puede uno salvar de esta vida «programada» para la comodidad y el bienestar?

Esta es la buena noticia del Evangelio: Dentro de cada uno de nosotros hay una fe que nos puede todavía hacer reaccionar y ponernos de nuevo en el camino verdadero.

¿Qué hay que hacer? Gritar a Dios. Concentrar todas las energías que nos quedan para pedir a Dios, desde lo más hondo de nuestro ser, su luz y su gracia renovadora.

Y algo más. No desoír ninguna llamada, por pequeña que sea, que nos invita a transformar en algo nuestra vida.

No tenemos otra vida de recambio. Ahora mismo se nos llama a vivir, a caminar, a crecer. El evangelio tiene fuerza para hacernos vivir una vida más intensa, verdadera y joven.

Recordemos las palabras de Bernanos: «¿Sois capaces de rejuvenecer el mundo, sí o no? El evangelio es siempre joven. Sois vosotros los que estáis viejos».

**(F)**

### **¿Por qué no cambiamos?**

Probablemente, todos conocemos a personas que, en un momento determinado, nos han sorprendido cambiando radicalmente su estilo de vida y orientándose por caminos de mayor autenticidad.

Pero todos sabemos que no es lo habitual. Por lo general cambiamos poco. Somos los mismos a través de las distintas etapas de nuestra vida, con los mismos errores y defectos, con los mismos egoísmos y mezquindades de siempre.

Los que nos decimos cristianos nos podríamos preguntar con sinceridad: ¿Nos transforma realmente la fe? ¿Nos va haciendo cambiar a lo largo de la vida? ¿Van cambiando en algo nuestros criterios, convicciones y modo de actuar?

Tal vez hemos de reconocer que, si no fuera por unas "prácticas religiosas" que seguimos observando, no sería fácil identificarnos y distinguirnos de otras personas ajenas a la fe cristiana.

Aunque son diversos los factores que nos pueden impedir cambiar y mejorar nuestra vida, es fácil señalar algunos de especial importancia.

Por lo general, no creemos lo suficiente en nuestra propia transformación. El paso de los años nos puede hacer cada vez más escépticos. Nos conocemos ya demasiado para creer que realmente nuestra vida pueda cambiar.

Es nuestra primera equivocación. No ser conscientes de todas las posibilidades que se encierran en nosotros. Descansar diciendo "yo soy así", "es mi temperamento" no tengo fuerza de voluntad, para no reaccionar nunca a las llamadas que se nos hacen desde la vida.

Otras veces, si cambiamos poco es porque realmente no deseamos cambiar. Nos contentamos con recomponer algunos aspectos de nuestro vivir diario para evitarnos mayores complicaciones y molestias, pero no nos atrevemos a plantearnos un cambio más profundo. Nos da miedo pensar en las consecuencias que se seguirían de tomar más en serio la vida y el evangelio.

Por otra parte, ¿cuándo puede uno tomarse un tiempo para pensar en estas cosas? ¿Cómo detenerse algún momento para encontrarse consigo mismo y con Dios, cuando hay tanto que hacer cada día?. Entonces dedicamos tiempo a todo menos a aquello que es más importante.

Otras veces, no nos atrevemos a llamar por su nombre a las cosas para hacernos las preguntas que están ya dentro de nosotros: ¿Por qué se está abriendo ese abismo entre mi esposa y yo? ¿Soy yo el que siempre tiene razón, como lo aseguro? ¿No me estoy organizando la vida de una manera cada vez más individualista y superficial? ¿Por qué me he alejado en realidad de la misa dominical y de todo lo religioso?...

La actitud de aquel ciego sentado junto al camino, que un día se transforma recobrando la vista y convirtiéndose en seguidor de Jesús es un ejemplo para todos.

El ciego es capaz de reaccionar. Grita a Jesús pidiendo compasión.

Escucha a quienes le llaman en su nombre. Da un salto para colocarse ante él. Pide ardientemente ver. El hombre que actúa así, se transforma.

**P. Juan Jáuregui Castelo**